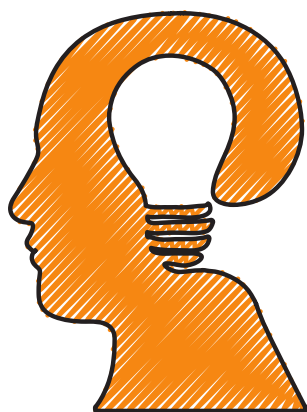


## Amor a la sabiduría

A las ocho de la mañana, los pasillos del instituto se convierten en una romería de jóvenes cargados de mochilas. Mochilas repletas de sueños e incertidumbre ante la vida. Son chavales que han nacido en un mundo de rectángulos digitales. Mientras camino, en dirección al aula, me viene a la mente ese adolescente que soñaba con la Luna. Miro, por el retrovisor de la vida, y recuerdo, con pasión, a aquellos profesores que despertaron, en mí, el amor por la sabiduría. Paso lista y pronuncio, uno a uno, el nombre de mis alumnos. De alumnos que se encuentran en plena adolescencia. Mientras sacan sus cuadernos, escribo la fecha en la pizarra. La clase está atenta y relajada. Repaso los rasgos distintivos de la filosofía. Les hablo de la "madre de las ciencias" y su necesidad en nuestros días. En días de Internet, redes sociales e inteligencias artificiales. En días inundados de ondas digitales.

Tras hablar del "paso del mito al logos", hoy tocan los presocráticos. Conocemos, entre otros, a Tales, Anaximandro y Anaxímenes. Mientras explico, hago un esquema en la pizarra. Los alumnos copian sin saber, a ciencia cierta, para qué sirve la filosofía. Les transmito que la filosofía es una actitud crítica ante la vida y el mundo que nos rodea. Pero también es una admiración por el conocimiento. Por un conocimiento que nos aleja del resto de los animales. De animales cuya conducta está preprogramada antes de su nacimiento. No pueden escapar, aunque quieran, de la misión encomendada. No tienen margen de maniobra. No deciden su conducta sino que son esclavos de sus instintos. Nosotros, "los sapiens", nacemos con la tabula rasa o mente en blanco. Somos el único animal que construye su ser mediante la toma de decisiones. Somos seres únicos e irrepetibles. Rasgos que nos otorgan dignidad y respeto en la selva de lo urbano.

Mientras explico, observo la clase. Pregunto, abro debates y camino como lo hacía Aristóteles por las sendas atenienses. En la pizarra les hablo de Heráclito de Éfeso. Este pensador defendió el cambio frente a la permanencia. Utilizó el fuego como metáfora del mundo. Y dijo aquello de "no se puede entrar dos veces en el mismo río". Todo fluye, nada permanece igual. Les hablo, también de los pitagóricos. De aquellos grandes defensores de las matemáticas y amantes de la música. Decían que los números son el alma del mundo. Un mundo que ocupa y preocupa a los adolescentes. Un mundo conectado por millones de dispositivos electrónicos. Un mundo donde la información fluye deprisa. Y un mundo, y disculpen por la redundancia, que necesita mentes que lo analicen y comprendan. Y ese es el gran reto de la filosofía. Una asignatura abstracta que necesita lejanía y sosiego para acometer su tarea. Lejanía para vislumbrar el bosque desde lo alto de la cima. Y sosiego para apreciar el silencio que se esconde tras el canto de los pájaros.



*Abel Ros, profesor de Filosofía*